

Andr é Cr uchaga



Viaj e cósmico

Discurso poético de Incorporación al Ateneo de El Salvador,
abril 13 de 2000.



I

*"En el principio creó Dios los cielos y la tierra"
GÉNESIS: La Creación, 1:1.*

El Universo era tan elemental,
Desordenado y vacío,
—que Dios, moviéndose sobre mantos etéreos,
con el don de la suprema Gracia—,
se levantó de las tinieblas, de la faz del abismo y miró a su derredor.

Jamás antes había sucedido.

Nadie había separado las aguas de las aguas.

Porque sólo el existía.
Entonces, (Dios o el espíritu de él)

No había creado el tiempo,
No estaba ahí, no existía...

Lo hizo por primera vez,
Cuando separó la luz de las tinieblas:
Lo dulce, lo amargo y "la vida profunda de las cosas"

La Nada era escalofriante. Enteramente temible.

Era la fosa anónima del silencio:
La memoria incandescente de la noche,
O la ancestral saliva que seduce
En un sonido inminente de gargantas.

Anduvo por la Nada caminando.

Buscaba la evidencia. La hierbabuena del aliento.
Y la Nada con su hechura se enturbiaban deshaciéndose.

Estaba llena de sombras:

Sombras de implacables ilusiones,
Sombras de ardido tiempo,
Sombras de parábolas inabarcables,
Sombras de sombras quemándose en su magia.

“Y fue la tarde y la mañana un día” .

Y eran la tarde y la mañana
Como el mar que amamanta los ríos de la vida,

Porque todavía estaban confusos
Los peñascos del tiempo.
Sólo estaba el gemido rumoroso
Que se pierde en las curvas de las sombras...

Dios en su mansedumbre,
Al pie del escarpado Principio, de los sordos helechos,
De las piedras mudas y sigilosas,
Anduvo sin pasos desgajando sus entrañas...

Todo estaba para Dios
Lo que después sería para el hombre:
Para el hombre la luz y las tinieblas,
Las estrellas, el estertor de los cielos sobre la tierra,
Los seres que se mueven:

La espuma del arroyo, el crujido de la espiga
Y la memoria magnética del aire entre rizados chupamieles.

Y, sin embargo, la soledad lo hacinaba.

La soledad tenía extraños rostros,
Y un fluir animoso de ventarrones.

Pese a todo, "hizo Dios animales de la tierra según su género" .

Mas, la soledad —pájaro de estrujado desvarío—,
Le venía en raudales " como silenciosa corriente del alma" .

Era una soledad de látigos,
De magia presa en los líquenes de la conciencia.

Todo iba ocupando su volumen,
El odre de sus negaciones. " Y vio Dios que era bueno" .
Porque aún no sabía de la sepia del dolor.

Primero lo contempló todo:

Lo que entonces era un vagido del poniente:
Lo ausente, lo ignorado e inefable del aliento.

Luego lo que sería después
Despejando la incógnita del infinito,
Y la trasegada sangre de los fuegos...

En el estaba el cielo celeste brillando informe;
La luz aguardando su consolación.
A pesar de todo, aquello era impreciso:
Parecía el pulso del aire entre los bosques.

Nada aquí tenía nada:

No tenía geografía ni acústica

La voluntad, el entendimiento, la memoria.

Nada de antes era igual.

Y la Nada desapareció al separar las aguas de las aguas,
Al descubrir lo seco
Y poblar la tierra de profunda resonancia.

Entonces clamé. Pedí la semilla filial,
El magnetismo crujiente del orgasmo,
La tierna hoja de la esperma
Para que la sagrada vendimia de las palabras
Tocaran la campana:
El milagro natural de la Estrella.



II

*"Y creó Dios al hombre a su imagen,
a imagen de Dios lo creó: varón y hembra los creó".
GÉNESIS: La Creación: 1:27.*

Aún el vuelo era lento por que el soplo divino,
Parecía el dócil Espíritu de la yerba.

Todavía era el Principio.

Dios adivinaba los horóscopos de los vientos
Y la lengua húmeda de la aurora.

Era el primer horóscopo.

El primer pentagrama de la soledad.

Todo era místico indicio de lo elemental.
Cielo y tierra, ambas cosas en su esencia.

Encima estaba él sazonando las aguas vírgenes...

Había en cada cosa creada:
Luminosidad, aspiración de cielo, gozo y fantasía;
Había afán por lo recién creado.
Había limpidez en las cosas del Mundo:
Los sueños sin azor. La Gracia en su perfume fiel.

El secreto reverente de los caminos,
Los talleres azules de las montañas
En la pulsante campiña de las vísceras.

Todo estaba conforme al Plan Divino:

El arroyo pensativo. La limpidez del tiempo,
El esplendor germinativo de la fantasía.

Luego, la mano misericordiosa
Desparramó su total poderío:

El soplo se hizo verbo:
(carne del señor, transfigurada)

Floreció como el madrecacao en los cuadernos del invierno.
Había magnetismo blanco de gaviotas
Sobre un mar de vértigo alado.

El hombre había nacido. La eterna palabra.
La íntima y fosfórea poesía.

Primero encendió la divina fuente de su tea.
El barro se abrió en íntima hermandad
Al soplo del aire y con él un halo de arcano braceo:
Adán estaba vivo tras el hechizo natural.

Después, Dios jamás estuvo solo
En la empresa aritmética de los siete días.
Luego, barro y carne; sangre y agua fueron una sola sustancia
Abriendo los panales del destino;
Y con ellos, ese musgo de la hojarasca
Que sirve de sustrato para los pensamientos.

Bajo él se estremecía la tierra y la carne,
La sonora melancolía humedecida de esperanza.
Sus manos fueron las bienhechoras que al tocar el barro,

Habitaron el hilo apretado de las palabras
Y el espectro de los pájaros en las escaleras de las nubes.

Los "cuatro brazos" extendidos,
Le dieron su primer caricia en la humedad del jardín;
Y allí comenzó el gran suspiro,
Las carreras sudorosas del aliento
En la larga jornada de los cuernos del tiempo.

Dios miraba su amor hecho armonía:
Luz-barro, luz-Adán hecho palabra:
Voz amada nacida del oscuro infinito,
Sonido luminoso de las genealogías

Así surgió el destino y el mortal oficio
De transpirar la materia en los sueños...



III

*"Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre,
hizo una mujer, y la trajo al hombre".
GÉNESIS: El hombre en el huerto del Edén". 2.22.*

Dijimos que antes del Principio no había nada.

Nubes y vientos fueron los días de la tierra.
Cuando las campanas de la tierra aún no doblaban.

Adán era el medroso barro
En los centellantes mares de los luceros.

Era la puerta vertical de los vientos
Por donde entrarían las luciérnagas de la aurora,
Y los giros unánimes y secretos de los círculos.

Antes de ser hueso de sus huesos,
Por un instante, el tiempo fue distinto...

En aquél día, en la diafanidad del amor convocado,
Adán parecía engendrar el milagro de las llamas,
La sed fragante de la vida,
La efusión milenaria de la sangre.

Dios, en su expresión más personal,
Lo miraba según su amor y afán
E iba a él para consolar su obra,

Uniendo sobrehumanamente los ríos vívidos del hechizo:
El inderivado argumento de ser alegoría
De los presagios que la carne atisba
En su cálido tránsito...

Así pasaba su voluntad sobre la obra creada.

Únicamente sus labios temblorosos entendían el milagro:
La vida derramada sobre la vida del barro.

Más tarde, el hilo melodioso de la aurora
Parecía alargar su existencia.
Dios exhaló un dulcísimo rumor:

Y con él encendió la materia extraída del costado.

Luego mostró su inefable herida...

Después se levantó de lo soñado
Igual que después del Principio
Cuando las azucenas y campánulas formaban argamasas.

Tenía la primera creación de Dios:

El gozo de la compañía,
La forma exacta de la hermosura,
La frescura celestial de las mañanas,
Y el conjuro alado del viento.

Dios vio extasiado a su creación.

Colmado de suprema ambrosía la llamó Varona.

En su pecho crecieron dos gotas de rocío,
Milpas en sus muslos desnudos,
Mariposas fecundas en su vientre,
Césped de desvelos en su pubis,

Tormentas en sus labios,
Luz resplandeciente en sus ojos...

Eva era la unidad del fuego.
La unidad de las leyes de la aurora.

Adán se sobresaltó.
Ambos desconocían la perfecta desnudez:

La voz cándida del viento que resbalaba en su vientre...



IV

"Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Con que Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?"

GÉNESIS: Desobediencia del hombre: 3.1.

Hasta ese día los envolvía un resplandor espiritual.

Parecían una hoguera de tímpanos.

Luego le vino a Eva un torrente sonoro:
Gajos de alelúes queman cuerpo y alma.

Sobre ella se alzan miles de pájaros sedientos.

De su cuerpo de ámbar, de sus labios
Sale un torrente:
La fuerza del viento que instala su música
Junto a la respiración de los espejos.

Ella no sabe que del árbol codiciable
Le vendrá la vida con sus desventuras,
Le vendrá la muerte sin demora,
Le vendrá la desnudez de los epitalamios
Y la agónica saliva del desvelo.
Y así, al tomar el fruto del árbol codiciable,
Y estrujarlo con avidez,
Surge la complicidad de la desdicha.

Adán y Eva avanzaron en abierta romería.

Ahora, hay sequedad en la Esperanza:
Hay sombras de mármol en la conciencia,
Hay vanos ángeles en los sueños,
Hay tumbas en la savia de los árboles,
Herrumbre de la materia entre losas,
Hay una luz que no duerme:
Carneros de dulce ingenuidad.

Hay en las lágrimas un hilo apretado
De vagas noches sin raíces

Hay frases de densa impaciencia:
Mojado corazón de los labios.

Hay la presencia de senos cansados.

Sobre la tierra huimos de los párpados.

Hay mortalidad de las palabras
Del gusano que roe lentamente la carne.

Hay ocaso en el secreto alado de los nombres,
En los estertores del ala o la dureza del granito,
En el alma que sueña, en el delirio de los sueños.

Hay mordeduras en el silencio
Como libros gastados que cierran su ciclo.

Hay polvo picoteando los pájaros;
Pero no polvo enamorado
Como dijera don Francisco de Quevedo,
Sino polvo deshaciendo la vida en vacíos inefables.

NOTA DEL AUTOR. Los cuatro poemas son una recreación muy personal del libro EL GÉNESIS (Antigua versión de Casiodoro de Reina, 1969), Sociedades Bíblicas Unidas. También utilicé, para mi propósito poético, el libro: DIOS HABLA HOY, (Biblia de estudio, versión popular con ayudas especiales). Traducción directa de los textos originales: hebreo, arameo y griego, Editorial Mundo Hispánico, 1979.

VIAJE CÓSMICO

EN BUSCA DEL ORIGEN DE LA POESÍA.

(Contestación al poema Viaje cósmico, del poeta André Cruchaga en su ingreso al Ateneo de El Salvador el 13 de abril de 2000)

Por Matías Romero,
*Secretario de la Academia Salvadoreña de la Lengua,
Correspondiente a la Academia española de la Lengua.*

¡Admirable paisano, André Cruchaga,
que busca las raíces de la tierra
y que en el templo del pinar se encierra
a meditar, mientras su musa halaga
al chalateco lar, la patria chica!
¡Dichoso quien así el pensar dedica
al lugar de origen, a la esencia
donde el amor y la sabiduría
emplollan, al calor de la querencia,
el ave sideral de la poesía!

Así como lo dicen los versos de la décima que acabo de leer me imaginé siempre al poeta André Cruchaga, el poeta de Chalatenango. Hoy, sin embrago, al contestar sus palabras de ingreso a la docta institución del Ateneo de El Salvador, es otro personaje muy distinto el que nos sorprende con destellos rutilantes de aeda cósmico y de hierofante que se refunde en los espacios hasta ir a dar con la recóndita raíz genesiaca, manojito de rayos de luz y chispazo de la palabra, de donde se originó todo el universo. ¡Gran atrevimiento el de querer superar los límites del tiempo para ir a sorprender a la misma altísima sabiduría en su silencio primero y al espíritu de Dios empollando la vida en el seno de las aguas:

Hoy el poeta en atrevido vuelo,
Dejando en el terruño el tibio nido,

Se remonta en las alas de su anhelo
Hasta el origen mismo donde han sido
Las cosas creadas por la voz divina.
Emula a Dante, a Milton, a Moisés,
Y siguiendo la luz que le fascina
Va a sorprender en su primera vez
La palabra más bella, la poesía,
El milagro de la sabiduría.

André Cruchaga ha hecho algo más, mucho más que una lectura poética del Génesis. Ha metido sus manos, como el gráficamente lo dice, en lo más profundo del material genesíaco para recoger la primera palpitación de la palabra, la palabra que fue la más palabra de las palabras, la palabra que fue y sigue siendo poesía pura, poesía pura porque es a la vez expresión de un pensamiento, voz de mando, acto creador y universo creado. "Hágase" dijo Dios y todo fue hecho.

En el principio creó Dios cielo y tierra.
In principio creavit Deus caelum et terram.
En argé epóiesen o Zeós ton ouranón kai ten gen.
Bereishit bará Elohim et jashamáyim veet jaárets.

El poeta, perdido en los espacios genesíacos, oye voces como truenos. La voz de Yavé alterna con la de Moisés y las páginas del sagrado libro, como sombras de sombras, penetran en su mente y la confunden y la destrozan y la lanzan a vagar por la nada caminando. ¿Es aquello un castigo, un premio o una revelación?

Oigamos al poeta. ¿Qué ha pasado?
¡Cielo santo, su voz se ha transformado!
¿Es hebreo lo que habla? ¿Qué lenguaje
brota de su cerebro confundido?
De sus labios, por místico brebaje,
Sale ininteligible tal sonido,
Que es más bien clave, lengua sibilina,
Una visión de la genealogía
De las cosas de la creación divina,

Del "Hágase la luz" de la poesía.

El poema genesíaco de André Cruchaga se divide en cuatro grandes cuadros que describen la creación del universo, la formación del hombre, la formación de la mujer y el primer pecado.

Los versos son libres, sueltos de la rima y la métrica clásicas, pero no por incapacidad o falta de disciplina sino porque la emoción, el terror, el espasmo, el sobresalto en las soledades cósmicas lo hacen ir a tientas o más bien rebotando entre galaxias y sorprendiendo astros que todavía cubren la desnudez de su luz con el pudor de la tiniebla.

Las expresiones cortantes, como ráfagas del pincel del Greco, me suenan al estilo del Popol-Vuh. El poeta está sobrecogido por la Nada, espantado por la Nada con mayúscula, petrificado por la Nada y presenciando la lucha del creador contra esa Nada. Al desaparecer la Nada, como al correrse la cortina de un escenario, aparece la maravilla de la creación. Al final de esta primera parte el poeta, satisfecho por haber triunfado en su intento de ir al origen mismo de la poesía, recita como una oración o reza como un poema los siguientes versos:

"Entonces clamé. Pedí la semilla filial,
el magnetismo crujiente del orgasmo,
para que la sagrada vendimia,
con su badajo, tocara la campana,
el milagro natural de la estrella":

En el acto segundo del drama nos sorprende el poeta con una interpretación no ortodoxa ni tradicional pero sí ingeniosa y poética de la formación del universo. Esa interpretación es que Dios creó al hombre para no sentirse solo en el universo, así como después creó a la mujer para que el hombre no se sintiera solo. Al crear al hombre Dios le da sentido al universo y ya tiene con quien hablar. Dios se remira en Adán y acaricia su barro con ternura porque Adán puede escucharlo y puede responderle. En cambio el hombre, fijémonos en este detalle, en vez de dirigirse a Dios para agradecerle o para preguntarle por lo que ha sucedido, se dirige encantado a la mujer y le suelta el primer piropo:

¡Vaya, ésta sí que es carne de mi carne
y hueso de mis shuesos!

Finalmente el aventurero cósmico, con su verso desfallecido, cae en el mismo lugar donde Adán y Eva cayeron engañados. Ve a Adán y Eva, poeta y poesía, unidos en la desgracia, salir del paraíso para ir a recorrer los siglos "en abierta romería".

Luego el cariacontecido poeta nos conmueve con la descripción de un mundo que ha quedado destrozado por el pecado original. La desolación es profunda y total. La esperanza está seca, aunque no muerta, porque, si el polvo va "deshaciendo la vida en vacíos inefables", hay sin embargo, "inmortalidad en las palabras del gusano que roe lentamente la carne". Así ve el mundo, al regreso de su genesíaco viaje, el poeta André Cruchaga, cuyo poema de ingreso en el Ateneo acabamos de escuchar.

Has vuelto ya, poeta. Estás ileso
Después de la imprudencia y la osadía
De ir a buscar, desatinado, obseso,
En su tálamo a Dios y a la poesía.
Los encontraste al fin y les oíste
El idilio creador, viste nacer
El poema primero y escribiste
Un reporte difícil de creer.
¿Qué puedo yo añadir? ¡Que sí te creo
y que te abro el hogar del Ateneo!

Esta obra ha sido creada en formato electrónico (pdf) para ser distribuida por Palabra Virtual con la autorización de su autor.



Antología de poesía hispanoamericana
<http://palabravirtual.com>